



Literatura

En el recuerdo... Coplas

Por FELISA MARTÍNEZ

Isolina

Señores, pero qué pasa
con los crímenes de hoy día,
cada vez más orgullosos
aunque hoy se les castiga.
Habéis de saber, oyentes,
en una aldea cercana
de un país muy delicioso
que se llama La Rejada.
Es un pueblo de tres casas,
dos de muy buenas familias;
la otra es más pobre,
pero también se gobierna.
En ésta pobre vivía
un matrimonio honrado
y solamente tenía
una hija a su cuidado.
Se llamaba esta joven,
si queréis que os lo diga,
podía llamarse Cielo,
pero se llama Isolina.
En la otra casa de enfrente,
que es la más rica y poderosa,
allí vivían dos hijos
con su madre, Generosa.
Vivían estos dos hijos
con su madre en la riqueza;
el varón era Miguel
y su hermana, Enriqueta.
Volvamos a Isolina,
pues, como era tan bella,
este joven de Miguel
se ha enamorado de ella.
Un día la coge sola,
le dice de esta manera:
Isolina de mi alma,
por ti me muero de pena.
Pues mira, Miguel del alma,
eso bien lo sabes tú,
que no podemos casarnos,
que no soy igual que tú.
Porque yo sé claro y cierto

que tu madre Generosa
así que se entere de algo
ella se pondrá furiosa.
Si se pone que se ponga,
a mí no me importa nada,
yo te juro desde hoy
que conmigo eres casada.

Así pasaron dos años
sin de nada enterarse nadie,
hasta que la Isolina
comprendió que era madre.
Miguel ya cambió de idea,
ya no volvió a acercarse;
con otra joven más rica
determinaba casarse.
Dio las amonestaciones,
al estilo de aquella tierra
y al enterarse Isolina
echa lágrimas de pena.
La pobre, con el disgusto,
un mes estuvo enferma,
hasta que al fin sanó,
se quedó como doncella.
Ya se preparan las cosas
para celebrar la boda.
Isolina se prepara
con una buena pistola.
Un día ya anochecido
de su casa se marchó
para buscar a Miguel
que en su casa le encontró.
Cuando llegó a la puerta,
ella ligera llamaba,
y al punto bajó Miguel
para ver lo que pasaba.
Luego pregunta quién es,
Isolina contestaba:
yo soy aquélla, Miguel,
que un día bien amabas.
Y, riéndose de ella,
al punto abrió la puerta.
Y entonces ¿qué deseas?

Miguel le dice a Isolina.
Pues yo no deseo nada,
infame, vil y traidor,
pero ahora pagarás
el manchar así mi honor.
¿Cómo es que vas a casarte
y me abandonas a mí?
¿Para qué me has engañado
para ahora hacerlo así?
Isolina, te abandono,
desde ahora te lo digo
y es que mi madre no quiere
que yo me case contigo.
Por guiarte de tu madre,
me abandonas sin conciencia,
pues ahora pagarás
tu horrible y triste pena.
El Miguel al verla airada,
quiso escaparse para arriba,
pero ella, sin temor,
le disparó enseguida.
Dos tiros le disparó,
con valor y bazarria,
y el infame de Miguel
allí ya perdió la vida.
Al punto baja Generosa,
que es la madre de Miguel,
bajaba muy presurosa
para auxiliarse a él.
La Isolina, valiente,
le dice: oye, malvada,
tú tienes la culpa de todo
de cuanto hoy aquí pasa.
Entonces la Isolina
vuelve a cargar la pistola;
dos tiros le disparó
a la infame Generosa.
Ahora queda la Enriqueta,
que enseguida se escapó
y sin detenerse en nada
a dar parte se marchó.
Acudió a la autoridad,
ya registraron la casa,

encuentran los dos cadáveres
y a ella no la encontraban.
Se dirigieron al patio,
a un ruido que escucharon,
cuando miraron al pozo,
pues allí la encontraron.
Por pronto que acudieron
con las cuerdas a sacarla,
ya no la sacaron viva
que la sacaron ahogada.
La autoridad también
allí mismo ha encontrado
una carta que Isolina
escrita había dejado.
Al momento la cogieron,
se pusieron a leerla
y la carta de Isolina
decía de esta manera.

Adiós mundo para mí,
yo te doy la despedida,
que para mí se acabó
en lo mejor de mi vida.
No siento morir tan joven
porque pago mis delitos,
lo que siento es dejar
a mis padres ancianitos.
Tanto como os quería,
mis pobrecitos ancianos,
y ahora tengo que dejaros
en el mundo abandonados.
No lloréis, mis pobrecitos,
la muerte de vuestra hija,
sí llorar, sí pobrecitos,
cuando sepáis mi noticia.
Os dejo en el mundo solos
con pena y con más dolor,
pero es que quise vengarme
del que abusó de mi honor.



Copla Asturiana

Por LUIS MIGUÉLEZ

En un pueblecito asturiano
allí una niña nació
y sus padres al momento
la vistieron de varón.
Según la gente decía
esta familia tenía
un pariente adinerado
que era tío de la niña.
Aquel señor tan rico
a la familia le habló
que dejaría su fortuna
al primer hijo varón.
Y aquellos padres,
por la codicia llevados
la vistieron de varón
ocultando que era niña.
Julio le ponen por nombre
siendo Julia el verdadero
y al cumplir los cuatro años
ya la llevan al colegio.
Estudiaba con afán
en aquel mismo colegio
y todos lo querían mucho
por su buen comportamiento.
Al cumplir los diecisiete
a la mili se alistó

al cuerpo Automovilismo
a Valladolid marchó.
Y al cabo de algún tiempo
lo llamó la inclinación
que tenía que ser chofér,
lo que pronto consiguió.
De chofér para su coche
un superior lo cogió,
cumpliendo con sus deberes
como era obligación.
Con todos sus compañeros
las tabernas visitaba
copa va y copa viene
como si nada pasara.
Y, al cabo de algún tiempo,
Julio una novia echó,
que era una chica muy guapa
que de él se enamoró.
Todos los días por la calle
del bracete paseaban
como dos enamorados
siempre al cine la llevaba.
Así fue pasando el tiempo,
así la mili cumplió.
Cuando menos lo esperaba
el caso se descubrió.
Allí, en el mismo cuartel,
una cartera faltó,
conteniendo algún dinero

y el coronel ordenó:
que todos se desnudaran
para encontrar al ladrón
y todos le obedecieron
pero Julio dijo no.
Vamos Julio, no bromees
por lo que pueda pasar
ya sabes que en estos casos
no se puede bromear.
Sepa usted, mi coronel,
que yo no bromearé,
sepa usted, mi coronel,
que yo soy una mujer.
Sepa usted, mi coronel,
yo no quiero bromear,
lléveme usted a su casa
y lo puede comprobar.
Todos los allí presentes,
atónitos se quedaron,
todos con la boca abierta,
sin poder hablar palabra;
que hayan estado tanto tiempo
y sin llegarlo a saber
durmiendo tranquilamente
al lado de una mujer.
Aquí se acaba la historia
de este caso tan raro,
ocurrido hace poco tiempo
con una mujer soldado.

El día que murió un pedazo de mi Santibáñez

Por AGUS

Estaban allí desde que yo recuerdo las cosas. Su aspecto, casi siniestro cuando yo era pequeño, fue cambiando con el paso de los años, llegando a convertirse desde colegas que me escuchaban y con los que disfrutaba, hasta amigos fieles que conocían y compartían todas mis alegrías y mis penas.

¡Cuántos ratos pasé entre su compañía! En días de primavera, cuando empezaban a brillar en todo su esplendor, compartíamos la alegría de la luz. Y en los días del frío invierno, cuando el viento helado rugía entre sus desnudas y húmedas ramas, yo estaba allí, para compartir la tristeza y los anhelos de mejores días.

Ayer fui a verlos y, de repente, sentí un balazo en mi interior. Fue la noticia de una muerte no anunciada. La muerte de unos amigos. Todavía pude observar con impotencia como eran derribados los últimos de aquéllos que habían sido testigos de tantos momentos de fuertes sentimientos. Nunca más volvería a jugar al escondite con las mariposas entre sus ramas. Nunca volverán a ser

maravilloso escenario natural para los conciertos de mirlos y grillos.

Lo que no consiguieron las heladas y el viento, lo que nunca logró la devastadora violencia de las aguas desbordadas, estaba haciéndolo realidad el cruel oficio de aquella sierra mecánica. Y yo, desconcertado, impotente, no podía hacer nada. A mi mente sólo venía la idea de que ya no volvería jugar con los rayos de sol y las sombras entre sus ramas. Ya no pasearía mi soledad nunca más por entre aquellos nobles chopos. Y noté cómo un viento helado me envolvía. Sentí que ya algo en mi vida no volvería a ser lo mismo.

Sé que tenía que ser así, que fueron plantados para ser cortados. Pero no puedo evitar la tristeza al comprobar la similitud de sus vidas con nuestras vidas: nacemos para morir. Pero, ¿y mientras tanto, qué es lo más noble que podemos hacer? Tal vez lo que hacían mis queridos amigos los chopos: saber estar ahí, escuchar y compartir momentos agradables. Hacer todo lo que fuera más fácil, más hermoso. Tal vez ellos, desde su elevada altura, eran más conscientes que yo de su destino. Por eso, creo que el mejor tributo que puedo hacer hacia esos amigos, ya caídos es, por lo menos, recordarlos.

Santibáñez de la Isla, octubre de 1996.